



EL PECADO QUE NO SE PERDONA

Rafael Navarrete, S. I.

Por esto os digo: se perdonará a los hombres cualquier pecado y blasfemia. Pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no se perdonará. (Mt. 12, 31).

En verdad os digo que cualquier pecado y blasfemia que dijeren los hombres se les perdonará; pero quien blasfemare contra el E. Santo no tendrá jamás perdón, sino que será siempre reo de pecado. Porque decían: tiene un espíritu inmundo (Mc. 3, 28-30).

A todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonada; pero a quien blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará (Lc. 12, 10).

ASI nos encontramos, frente a las afirmaciones del perdón de todos los pecados en boca de Cristo—"a quienes perdonareis los pecados" Jn 20, 23—, este paréntesis inquietante del pecado contra el Espíritu Santo.

Pero ahí está el texto. San Agustín no tuvo dificultad en admitir que "quizás no se encuentre en todas las Sagradas Escrituras un tema tan difícil" (1).

La dificultad es doble: por una parte la dificultad de delimitar el contenido del pecado contra el E. S., definirlo; y por otra parte la de precisar el sentido de su irremisión.

Y nos interesa el tema. Cuando le hayamos definido, entenderemos que el pecado contra el E. S. es algo que puede suceder hoy, como sucedió entonces.

Hacia una definición

La frase de Jesús tiene un encuadre histórico concreto. Jesús ha curado a un endemoniado ciego y mudo. Subraya S. Mateo que el ciego ahora veía y el mudo hablaba. Todo ha sido sencillo y fácil; con su sola palabra Jesús ha llevado la luz y la paz hasta esta alma defendida por el diablo. La muchedumbre lo entiende y se pregunta si no es este el Mesías. La interrogación como nos la han transmitido los Evangelistas tiene el matiz de quien espera una respuesta afirmativa.

La historia del A. Testamento es la historia de la expectación mesiánica; desde cerca de dos mil años los judíos viven en la espera. Por eso el encuentro con Jesús es emocionante. Todos los milagros de Jesús tienden a clausurar esta espera, a confirmarles en la realidad del Mesías, porque ahora "los ciegos ven" y los mudos hablan (2). A Jesús se le debió encender el alma cuando sintió la tensión esperanzada de esta muchedumbre a un paso casi del reconocimiento.

Y de pronto la tensión se diluye. Desde un punto de la masa ha salido una explicación científica de los hechos: Jesús no actúa con el poder de Dios, sino como enviado del diablo. No es el Mesías porque su testimonio, el milagro, es falso. Así han interpretado la curación los fariseos. Jesús es tan sólo uno de tantos embaucadores como en aquellos tiempos inquietaban al pueblo judío con la alarma del Mesías.

(1) De verbo Domini, 71; PL 38, 450.

(2) Lc 7, 22.

Una lectura detenida del capítulo 12 de Mateo nos da a conocer la doble reacción de Jesús. Existe en Él la desilusión de ver a su pueblo irremediablemente desviado de su ruta cuando ya le sentía cercano, y una amargura profunda, definitiva, para con los jefes del pueblo.

Al final del discurso que Mateo y Marcos nos han transmitido, contundente y emocionado, Jesús pronuncia la frase que nos preocupa "quién blasfemare contra el E. S. no tendrá jamás perdón". "Porque decían, apunta Marcos, : tiene un espíritu inmundo".

De cara a todos estos elementos podemos ya definir el pecado contra el E. S. (3).

Es una afrenta contra Cristo (se le ha llamado "enviado de Satanás"), y una injuria contra Dios, porque lo que manifestamente es una señal de su presencia: la expulsión de un demonio, la curación de un ciego, se ha interpretado como indicio de la presencia diabólica.

Más que una "palabra injuriosa contra Dios" la blasfemia contra el E. S. es una actitud del corazón, de todo el hombre, empeñado en no admitir el mensaje de Dios; un pecado contra la luz, porque cuando todos los focos se dirigen hacia una manifestación de la presencia divina y de su Mesías, los fariseos se empeñan en ver a Satanás en el campo iluminado. Los fariseos reconocen que allí ha habido una actividad sobrenatural; su pecado consiste en atribuirlo a Satanás cuando no hay ni un solo motivo que pueda fundamentar una intervención diabólica. No les interesa este Jesús tan distinto del Mesías

(3) Hoy están de acuerdo los comentaristas en dar del pecado contra el E. S. la misma interpretación que a continuación exponemos. La insinúa Marcos cuando afirma «Porque decían: tiene un espíritu inmundo». Las palabras Espíritu Santo, no hay que entenderlas necesariamente como una referencia a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad; pueden significar sencillamente a Dios como fuerza que actúa sobrenaturalmente en el mundo.

que ellos esperaban, ni les interesan sus bienaventuranzas y su reino de otro mundo. Pero la gravedad de su pecado, más que en esta repulsa de Jesús, consiste en la justificación que quieren hacer del propio pecado. Son pecadores conscientes de que a Dios llaman Beelzebub. Contra ellos había dicho Isaías: *“Ay de los que a lo malo llaman bueno y a lo bueno malo; de quienes de las tinieblas hacen luz, y de la luz tinieblas”* (4).

Dos tiempos en el pecado contra el Espíritu Santo

Creo que se puede distinguir un doble momento en la posición de los fariseos ante Jesús.

Si hay algo evidente en la repulsa de Jesús por los fariseos, es precisamente la culpabilidad. Jesús habla abiertamente de pecado y les niega toda disculpa de ignorancia: *“Si yo no viniera y les hablara, no tuvieran pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado. Si no hubiera yo hecho entre ellos obras cuales ninguno otro hizo, no tuvieran pecado; mas ahora las han visto y han aborrecido así a mí como a mi Padre”* (5). Es la misma argumentación que con toda claridad percibió un ciego de nacimiento curado por Jesús: *“Nunca jamás se oyó decir que uno abriese los ojos de un ciego. Si éste no viniera de Dios, no pudiera hacer nada”* (6).

Hay por lo tanto un momento en que los fariseos pueden ver, pueden comprender que Jesús es el Mesías, porque la luz está delante de sus ojos. Y entonces es cuando voluntariamente cierran los ojos y se apartan de la luz. Jesús nos dará más tarde una razón general de este comportamiento: *“porque eran malas sus obras. Porque todo el que obra el mal, aborrece la luz y no viene a la luz para que no sean puestas en descubierto sus obras”* (7).

Sin embargo apenas encontraremos un epíteto tan enraizado en el Nuevo Testamento para designar la posición farisea como el de “ciego”. Son ciegos que guían a otros ciegos (8); en derredor suyo se agolpan las metáforas de (9), tinieblas (10), como si hubiéramos entrado en el campo de la noche. Todo este mundo de obscuridad intelectual hay que proyectarlo sobre la responsabilidad moral de los fariseos, y entonces es necesario admitir una excusa para los pecados posteriores a la ignorancia y que en alguna manera proceden de ella. En esta línea decía S. Pedro al pueblo de Jerusalén: *“Bien sé que obrasteis por ignorancia, como también vuestros jefes”* (11).

Esta imposibilidad moral de ver, de conocer ya al Mesías, es el segundo tiempo que creo se puede distinguir en el comportamiento de los fariseos ante Jesús. Interesa subrayar este punto porque puede iluminar la psicología de muchos apóstatas. Ahora los fariseos ya no pueden ver, porque la luz realmente se les ha ocultado.

Creo que así se explican los textos anteriormente citados y que pueden parecer contradictorios; así se explica también esa actividad apasionada, diabólicamente creciente, con que persiguen a Jesús en los últimos meses de su vida. Es el efecto que el pecado contra el E. S. ha dejado en ellos. Misteriosamente están obsesionados por la muerte de Jesús; hay una fuerza ciega que les espolea hacia adelante, y cuando todo su comportamiento rezuma violencia, entonces preguntan *“¿Es que acaso nosotros también estamos ciegos?”* (12).

¿Es ésta sólo una pregunta hipócrita? Creo que no; creo que su actuación tiene mucho de celo por la gloria de Dios; de “su” Dios naturalmente, del que ellos ahora se han moldeado; porque cuando han rechazado al Mesías,

(4) Is. 5, 20.

(5) Jn. 15, 22-24.

(6) Jn. 9, 32-33.

(7) Jn. 3, 19-20.

(8) Mt. 23, 16-17.

(9) 2 Cor. 3, 15.

(10) 1 Cor. 2, 8.

(11) Act. 3, 17.

(12) Jn. 9, 40.

consecuentemente han rechazado también al Dios que le envía. Para los fariseos, ahora, el que Jesús muera es un acto de servicio que deben prestar a Dios. Así cobran pleno sentido las palabras de Jesús: "Para juicio vine yo a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos" (13). Y aquellas otras de su agonía: "perdónalos porque no saben lo que hacen" (14).

Esta ceguedad es voluntaria e involuntaria a un tiempo: voluntaria porque voluntariamente no quisieron acercarse a la luz; e involuntaria porque el ver o no ver ya no depende de ellos.

También hoy

Cuando escribí en el encabezamiento de estas páginas "El pecado que no se perdona" no pensaba únicamente en el hecho histórico del pecado fariseo; me interesa el pecado contra el E. S. en sí mismo, y el problema de su irremisión. Cristo habla de un hecho concreto; pero es evidente que al mismo tiempo afirma la irremisión de todo pecado contra el E. S. y que este pecado puede cometerse hoy.

Pecado contra el E. S. es la apostasía de quienes conscientes de la verdad del Cristianismo, de su firme argumentación como religión revelada, se apartan de él y quieren defender tal decisión religiosa. Para él —porque voluntariamente no quiere ver— su apostasía es un paso que le exige la ciencia; el cambio de un Dios y de una Iglesia atrasados, de una verdad rebasada, por otra posición —religiosa, humana— más de acuerdo con su tiempo. Para él, su decisión no es una cobardía, sino un acto de sinceridad religiosa. Es el mismo conato farisáico de transformar la luz en tinieblas y la noche en día. Sólo esta apostasía determinada es el pecado contra el E. S. y de ella sola tratamos.

(13) Jn. 9, 39.

(14) Lc. 23, 34.

La irremisión del pecado contra el Espíritu Santo

¿En que sentido dijo Jesús que era irremisible el pecado contra el E. S.? Es el gran problema. Sabemos que Dios a nadie niega su gracia y que la Iglesia tiene poder para perdonar todos los pecados. Pero entre ambas verdades están las palabras de Jesús, enigmáticas y misteriosas.

Hoy se defienden dos interpretaciones del texto. La primera entiende las palabras de Jesús en su sentido obvio. Jesús ha trazado una raya decisiva entre los pecados; hay pecados que se perdonan y hay un pecado que no se perdona. No es que se limite la misericordia de Dios ni el poder de la Iglesia; sencillamente se afirma el hecho de que este pecado no se perdonará. ¿Por qué? Los que entienden así la irremisibilidad del pecado contra el Espíritu Santo dan la razón de que Jesús previó con su ciencia divina que nunca se arrepentirán de su pecado, o bien que Dios ha determinado no darles las gracias sobreabundantes que de hecho necesitarían para salir de su pecado. El apóstata contra el E. S. es por tanto un condenado en vida; el pecado ha congelado en él, definitivamente, la vida de la gracia.

No nos escandalice la afirmación. Ciertamente no hay injusticia alguna en que Dios condene a quien ha muerto con un sólo pecado; tampoco la hay en que la eternidad se fije en vida sobre este pecado de apostasía excepcionalmente grave.

El fundamento de esta interpretación lo buscan en el sentido obvio del texto, y en el contexto. Las palabras de Jesús establecen una excepción en la afirmación universal que antes ha hecho: todo pecado se perdonará, menos éste; no es lícito, dicen, que nosotros hagamos una nueva excepción en lo que Jesús ya ha distinguido. Además, no puede llamarse eterno un pecado que, aunque sólo sea rara vez, pueda perdonarse.

Así interpretan el texto varios comentaristas modernos y un gran número de Santos Padres y exégetas antiguos (15).

Contra esta interpretación no he encontrado una razón perentoria. Sin embargo, me parece más probable la siguiente, que hoy es la más común entre los comentaristas: las palabras de Jesús tienen un matiz hiperbólico. El fundamento de esta interpretación nos parece encontrarlo en la fisonomía del lenguaje oriental y de toda la mentalidad hebrea.

Entre el Evangelio y nosotros hay una distancia de veinte siglos y una diferencia radical de cultura. Es necesario no olvidarlo cuando nos acercamos a Jesús. Jesús es un hebreo que habla a hebreos en su mismo lenguaje imaginativo e hiperbólico. Ante las palabras de Jesús —“cualquier pecado se perdonará menos éste”— los judíos debieron entender que el pecado contra el E. S. era distinto de los demás y que su perdón era especialmente difícil ¿Entendieron además que nunca tendría perdón? Me parece que no, que Jesús sólo ha abierto un camino a su inteligencia oriental primitiva para que entiendan la gravedad excepcional de este pecado.

El mismo texto nos da pie para una interpretación hiperbólica. Cuando Jesús afirma que “se perdonará a los hombres cualquier pecado y blasfemia” hay que entenderlo en el sentido de que las más de las veces, fácilmente, se perdonarán esos pecados, porque con facilidad nacerá en el pecador el arrepentimiento. Tomada la frase en su sentido material no es verdadera; es necesario añadirle, como enseña el dogma, “si se arrepiente y somete su pecado al perdón de la Iglesia”.

Esto justifica el que entendamos la segunda parte de la afirmación de Jesús en la misma orientación: difícil-

mente se arrepentirá de un pecado que a fuerza de autosugestión ha llegado a considerar como un acto de virtud (16).

Apostasía y conversión

No quisiera que con esta interpretación quede desvigorizada la afirmación de Jesús. S. Roberto Belarmino, que defiende la interpretación que hemos aceptado, da dos razones para desesperar de la conversión del apóstata que nos ocupa (17).

Su pecado es ante todo un enfrentarse con la luz, con la gracia de Dios; es decir, se cierra el único camino por donde puede llegar al arrepentimiento. No es sólo un alejado de Dios que no desea el retorno, es además, principalmente, un justificador de su pecado.

La segunda razón que apunta San Roberto Belarmino para admitir la irremisión como un hecho, se desprende del pecado mismo. Todo pecado, menos éste, admite una disculpa. Son momentos de debilidad, de pasión. En el fondo del alma existe un sentimiento de culpabilidad que no se quiere justificar. Se ha pecado, quizás se haya apostatado, y nada más; se reconoce que esas disculpas que afloran a la conciencia como una justificación del pecado, son eso, disculpas. Por lo menos no se atribuye al demonio la voz del remordimiento y la llamada de la gracia. Por eso siempre queda abierta la puerta al retorno; todos estos pecados exigen un poco una mirada compasiva de Dios. En el pecado contra el E. S. no se da nada de esto. Es un pecado amado y defendido como virtud.

Cuando he afirmado que no hay nada que pueda atraer la misericordia de Dios, no he querido decir que Dios le niegue su gracia. Dios no niega la gracia a nadie, ni aun en este pecado límite (18). La conversión en teoría es posi-

(15) J. KNABENBAUER, *Commentarius in Mt.* Paris, 1922, pgs. 543ss. Cita en favor de su sentencia a S. Atanasio, S. Juan Crisóstomo S. Ambrosio, S. Jerónimo, etc.

(16) Así F. C. CEULEMANS, *Commentarius in Mt.* Mechliniae, 1928; pg. 161ss.

(17) *De poenitentia*, lib. 2 cap. 16. Citado por KNABENBAUER l. c.

(18) S. Th., 3 q. 86 a. 1.

ble porque se dan los dos elementos necesarios para una conversión: la gracia de Dios y la libertad del hombre.

Pero hay que añadir una acotación: no siempre, en todo momento, le invita Dios con una gracia próximamente suficiente para el arrepentimiento. Según los teólogos la gracia próxima o inmediatamente suficiente se la concede Dios sólo en ciertos momentos de la vida de un mayor relieve religioso: en una enfermedad, con ocasión de alguna buena obra... y en la hora de la muerte (19). No es que siempre la conceda, sino que una, dos veces... la da, y normalmente en algunos de estos momentos.

Con este dato de la teología queda trágicamente limitado el tiempo en que es posible la conversión del apóstata de una manera inmediata. Recordemos además que cuando llega la gracia próxima lo normal es que el apóstata se oponga a ella; esto es precisamente lo más esencial de su pecado (20).

Normalmente el apóstata cuenta con una gracia de Dios remotamente suficiente. Pero con ella no es posible la conversión. Para lo único que le capacita es para orar, para acudir a Dios en busca de la gracia próxima. Esto, sin embargo, es común a todos los pecadores.

Apostasía y oración

¿Pero es posible la oración en la psicología del apóstata? Orar es sentirse pobre, sentirse engañado, vivir de cara a Dios y anhelarle. Apostatar es esencialmente lo contrario, sentirse seguro y desligado. Parece absurdo buscar una oración sincera en los labios fariseos;

(19) S. GONZALEZ, *De Gratia*. B. A. C. Sacrae Theologiae Summa, pg. 562ss.

(20) Gracia suficiente es aquella mediante la cual el hombre se constituye capaz de realizar un determinado acto sobrenatural. Puede ser remota o próximamente suficiente. En el primer caso no puede realizar todavía el acto sobrenatural, pero sí orar en busca de la gracia próxima. Cuando la gracia es próxima, puede realizar ya el acto sobrenatural determinado.

una vez que Jesús le presentó orando fué para enseñarnos que esa no era la oración que debemos dirigir al Padre (21). En su oración no hay ni un sólo gemido de pobreza; es el hombre seguro; su oración es un canto de acción de gracias porque no es como los demás hombres. Cuando hablábamos del segundo momento de la psicología del pecado farisáico, insistíamos en una sensación de seguridad interna; son los hombres seguros en su posición frente a Jesús.

Es fácil encontrar la misma atmósfera de serenidad interior en el alma de los grandes apóstatas. Si creemos en el testimonio de sus escritos, hasta la ausencia de Dios se cicatriza y calla. Llega el momento de la paz, del olvido y de la lejanía de toda angustia. ¿Es entonces posible una oración en busca de un Dios a quien no se necesita? Porque no necesitan de Dios; muchos lo han afirmado, y creemos su testimonio. El autor del salmo 72 ha descrito estas vidas felices al margen de Dios, florecientes en el cuerpo y en el espíritu.

Todavía necesitamos decir dos palabras finales sobre un aspecto puramente humano: la imposibilidad de volver atrás en el mecanismo psicológico del apóstata. La apostasía es un hecho excepcionalmente serio en la vida. Como la conversión, es una total transformación que arranca de las mismas raíces del mundo intelectual y afectivo. Por eso, si la apostasía no es un juego de chiquillo, de despecho contra Dios —la que nos ocupa no lo es— lleva como nota necesaria en su definición la de ser una posición definitiva ante la vida. La apostasía exige el para siempre.

Todas estas son dificultades verdaderas que nos presenta la teología y la psicología cuando pensamos en la posibilidad de conversión del apóstata pecador contra el E. S. Las dos vertientes nos llevan a la misma afirmación de Jesús: cualquier pecado se perdonará, menos éste que no tendrá jamás perdón ni en este mundo ni en el otro.

(21) Lc. 18, 9-14.

No se pueden poner ejemplos. Sólo Dios conoce los vaivenes del corazón humano y El solo sabe cuándo se ha caído en el pecado. Baste el recuerdo de la historia farisea. Hasta el fin ultrajaron a Jesús; se les ve firmes ante la Cruz; después sellaron su sepulcro y se fueron contentos de su pecado. Es su desaparición de escena.

Para la esperanza

¿No existe esperanza alguna para el pecador contra el E. S.?

Hasta ahora hemos hablado siempre en el campo de una Providencia ordinaria de Dios. Pero existe la providencia extraordinaria. Cuando todas las puertas están cerradas, volvemos los ojos del lado de Dios. Quizás se abra en la noche su puerta y aparezca imprevista su mano que ilumina. Aún es posible el milagro. No sabemos si se dará; pero sí sabemos que puede darse porque su omnipotencia y su misericordia no tienen orillas.

Con Santo Tomás llamo milagro a la conversión de un apóstata contra el E. S. (22); un milagro moral, pero tan verdadero como la curación de un ciego.

No tenemos ni una razón segura de que se dará el milagro; pero sí podemos esperararlo.

Y junto con esta posibilidad del milagro, como otra ventana para la esperanza, tenemos el consuelo de orar por su conversión; sólo orar, toda palabra nuestra que busque directamente su arrepentimiento, de suyo fracasará. La Iglesia también ruega con nosotros. Y entonces, frente a la frase de Jesús que nos angustia, se levanta otra afirmación suya luminosa: "cuántas cosas pediréis al Padre en mi nombre, lo conseguireis" (23).

(22) 2.2 q. 14 a. 3.

(23) Pero no es cierto que la oración sea infalible cuando pedimos por los demás. Sobre la infalibilidad de la oración, cfr. *Esperanza y desesperanza de la oración de súplica*. Proyección 15 (1957) pg. 297ss.

